

El proyecto de Aparecida

**José Comblin,
Bayeux, Brasil.**

El proyecto de la Conferencia de Aparecida es ambicioso. Se trata, nada menos, que de una inversión radical del sistema eclesial. Hace siglos que la pastoral de la Iglesia está concentrada en la conservación de la herencia del pasado. Todas las instituciones fueron adaptadas a esa finalidad. El sistema fue instalado en el siglo XII y, desde entonces, no cambió de manera sensible. De acuerdo con el proyecto de Aparecida todo va a estar orientado para la misión. La realización práctica de este proyecto va a ocupar todo el siglo XXI. Pues bien, los obispos lanzaron este proyecto, pero el primer problema consiste ahora en convencer al clero. La actual generación no está preparada para esta "inversión" de sus tareas. Va a ser necesario cambiar radicalmente la formación y preparar nuevas generaciones de sacerdotes bien diferentes de la actual.

Hacer que toda la Iglesia sea misionera es una tarea gigantesca. Durante el primer milenio, la misión fue asumida por los monjes. Muchos de ellos llegaron a obispos y dejaron una fama de fundadores de iglesias. La Iglesia era predominantemente rural. En los siglos XI y XII, se creó el sistema de parroquias. Pero el clero parroquial era ignorante, ya que no había recibido ninguna formación.

Ya en el siglo XIII, santo Tomás de Aquino se quejaba de que el clero no evangelizaba, no era misionero. Como compensación, mostraba que eran los mendicantes los que evangelizaban.

La misma queja se ha repetido a lo largo de los siglos, hasta el día de hoy. La misión fue asumida por los mendicantes, a partir del siglo XIII, y después, por las sociedades de sacerdotes misioneros, tales como la congregación de la misión de San Vicente de Paul, la Congregación del Santísimo Redentor de san Alfonso María de Ligorio y otras.

En América Latina, la misión fue asumida, en primer lugar, por los franciscanos, que proporcionaron más de la mitad de los misioneros. Los dominicos tuvieron su mayor actividad en el siglo XVI. Los carmelitas y los agustinos vinieron con menos misioneros, como los benedictinos. Después vinieron otras congregaciones.

En el siglo XX, esas órdenes y congregaciones aceptaron parroquias y, de esa forma, sólo una pequeña minoría se dedicó a la misión. Asimismo, usaron métodos que se adaptaban al siglo XVII y XVIII, pero que eran totalmente inadecuados para el siglo XX. Se dedicaron al mundo rural cuando el 80% de la población latinoamericana migraba hacia las ciudades.

Ahora viene el proyecto episcopal que va a exigir un cambio de mentalidad y de proceder. La misión tendrá la prioridad y dejará en un segundo plano la administración de la pequeña minoría que frecuenta las parroquias. Será necesario cambiar la formación sacerdotal de modo radical. Los religiosos van a tener que volver a su vocación inicial y dejar de ser administradores de parroquias o de obras.

Hace algunos años, escribí que don Helder era el modelo de obispo del siglo XXI. Don Helder era misionero y tenía un excelente colaborador para todas las tareas de administración. Sobre todo después de su conversión, en 1955, y su nueva conversión, a su llegada a Recife, don Helder fue el hombre del contacto personal, el hombre que era capaz de atraer, capaz de transformar a las personas con las que entraba en comunicación, de modo que ellas sentían la necesidad de cambiar de vida. Él tenía el don de despertar vocaciones de cristianos misioneros.

1. Los temas más significativos del documento conclusivo

En primer lugar, hay que destacar la elección del tema general de toda la Conferencia. Hace unos treinta años, en América Latina no se hablaba de misión. En la mentalidad popular, los misioneros eran los padres y los religiosos y religiosas, que venían de Europa o Norteamérica para reforzar los cuadros de las iglesias locales. O eran los predicadores de las "santas misiones".

Era una herencia colonial. La misionología ni siquiera estaba en los programas de formación sacerdotal. Era la especialidad de algunos que iban a dedicarse a las regiones más des pobladas o retiradas, como la Amazonia. Misioneros eran los evangelizadores de los indios, y la mayoría de ellos eran extranjeros.

Esto no quiere decir que no había católicos, sacerdotes, religiosos, religiosas y, sobre todo, laicos misioneros. No sabían que eran misioneros porque los misioneros no tenían visibilidad y no tenían un *status* definido. Eran misioneros anónimos.

Desde entonces, han aparecido muchas experiencias que se presentan como misioneras. La misma palabra *misionero* entró en el lenguaje común del pueblo,

que identifica ya a ciertas personas como misioneros y misioneras. Muchos grupos adoptaron el nombre de misioneros. Hoy en día, la conciencia de una necesidad misionera, en medio de una sociedad cada vez más secularizada, ha crecido mucho. La V Conferencia del CELAM ha recogido lo que se ha ido preparando durante treinta años.

En segundo lugar, hay que destacar que la Conferencia decidió volver al método de Medellín y Puebla, o sea, al esquema ver-juzgar-actuar de la acción católica (n 19). Hay una insistencia muy fuerte en esa continuidad (n 391-398), y es difícil no descubrir en esa insistencia una discreta expresión de arrepentimiento y de confesión. Es innegable que, en los últimos años, había disminuido la influencia de Medellín y de Puebla. No faltaban sacerdotes que simplemente decían que Medellín ya estaba superado y que ya no servía para la Iglesia actual. Por eso, es importante destacar la fuerte insistencia de la Conferencia de Aparecida.

Esa continuidad con Medellín y Puebla se manifiesta sobre todo en dos temas fundamentales: *la opción por los pobres* y *las comunidades eclesiales de base*. Son precisamente dos temas que han sido muy atacados o tratados con indiferencia, como cosas del pasado. Habían desaparecido en el sínodo romano de 1997 *Ecclesia in America*. Si bien en los textos oficiales, la opción por los pobres y las comunidades de base todavía se mencionaban, en ciertos países (sobre todo en Brasil), la situación general era muy diferente. Basta recordar el documento que publicó el padre José Marins, que había sido el apóstol incansable de las comunidades eclesiales de base, en toda América Latina. Expresaba una amarga tristeza. Desde Brasil es difícil imaginar hasta qué punto había desaparecido la opción por los pobres y por las comunidades de base en varios (¡muchos!) países de América Latina.

La Conferencia de Aparecida renueva la opción por los pobres (397, 398, 399). No se trata de una fórmula convencional. El texto es insistente: "Asumiendo con nueva fuerza esta opción por los pobres" (399). Aquí también se nota un cierto acento de arrepentimiento y como una conciencia de que esa opción había perdido su urgencia en la pastoral de la Iglesia: ya no era vivida como prioridad. Además, el texto reconoce que los pobres son sujetos de la evangelización y de la promoción humana (398). Ver todo el párrafo (391-398).

El texto llega al punto de usar dos veces la palabra "liberación", que era una palabra prohibida. Es verdad que la liberación está matizada por el adjetivo "auténtica" (399) o "integral". Pero allí está, lo que significa que de ahora en adelante se puede volver a usar (385).

El documento conclusivo habla explícitamente de las comunidades eclesiales de base (178-179). Esta es la parte del documento que sufrió más correcciones en Roma, pues el texto de los obispos era mucho más incisivo. Asimismo, el texto enuncia todos los frutos positivos de las comunidades eclesiales de base, reconociendo que eran el signo de la opción por los pobres.

Los obispos habían escrito: "Queremos decididamente reafirmar y dar nuevo impulso a la vida y a la misión profética y santificadora de las comunidades eclesiales de base en el seguimiento misionero de Jesús. Ellas fueron una de las grandes manifestaciones del Espíritu en la Iglesia de América Latina y del Caribe después de Vaticano II" (194). Estas frases fueron censuradas y el texto quedó más débil, y también otras correcciones van en la misma dirección. Pero este texto de los obispos existe y puede ser consultado. Para la conciencia latinoamericana es más significativo que las censuras.

En el texto de los obispos hay un reconocimiento de que, a pesar de su valor, las comunidades eclesiales de base no pudieron desarrollarse, y de que varios obispos opusieron restricciones. Ahora los obispos quieren levantar esas restricciones y dar vida nueva a esas comunidades pobres.

Pero aun con las restricciones del texto final, vale la pena leer atentamente los nn. 178 y 179.

Los mejores capítulos del Documento son los capítulos 7 y 8 sobre la misión. Ahí se encuentran las afirmaciones más fuertes.

La Iglesia necesita de una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, en el estancamiento y en la tibieza, marginalizando a los pobres del continente (362).

La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (370).

La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico (367).

Ver, sobre todo, los nn. 362-370.

El cambio debe afectar a todas las instituciones de la Iglesia, y comienza con la reforma de la parroquia. Esta tendrá que ser subdividida en unidades menores (372), de pequeños grupos con mejor relación entre ellos. Habrá que tener cuidado de que estas pequeñas comunidades no reproduzcan la estructura y la actividad de la parroquia. Pero es muy bueno que la Conferencia haga alusión al mal funcionamiento de la parroquia como institución inadecuada para nuestros tiempos de urbanización creciente y de secularización.

El capítulo 8 elabora una pastoral social, que será reafirmada y reforzada (401-404). El documento enumera las nuevas categorías de pobres, que surgieron o se desarrollaron en los últimos tiempos.

Para terminar, el Documento asume desafíos contemporáneos: la ecología y los problemas del medio ambiente, y la pastoral urbana. El programa de pastoral urbana es muy completo y define tareas que van a exigir la colaboración de un gran número de personas bien formadas. El desafío de la pastoral urbana ya fue definido por sociólogos católicos a fines del siglo XIX. Ahora, cien años des-

pués, la jerarquía recoge el desafío. La Iglesia católica todavía tiene estructuras rurales y mentalidad rural. En la sociedad rural la parroquia se identifica con la sociedad. Ahora, las cosas han cambiado tanto que la inmensa mayoría de los ciudadanos vive al margen de la Iglesia, y solamente recurre a ella en el nacimiento y en la muerte, o recurre a los santos en las enfermedades.

En el segundo capítulo hay una extensa presentación de la realidad de América Latina. Para ello se recurrió a especialistas y científicos, pues ofrece informaciones bastante completas y pormenorizadas. Es un ejemplo de colaboración entre la jerarquía y los laicos. Sin embargo, el Documento no llega a condenar el capitalismo y el sistema actual de globalización, aunque haya mostrado todos sus vicios. No podía ir más allá de la llamada doctrina social de la Iglesia, tan silenciosa en los últimos tiempos.

También en los otros capítulos hay muchas cosas importantes, que ofrecen orientaciones para la aplicación del proyecto global. Pero un artículo no ofrece espacio suficiente para comentar todas esas doctrinas. Ciertamente, se publicarán comentarios extensos para analizar el documento completo de Aparecida.

2. Algunas dudas

El proyecto de Aparecida es tan radical que inmediatamente surge una duda: ¿quién va a poner en práctica ese programa? La historia muestra que todos los cambios profundos en la Iglesia han sido llevados a cabo por personas nuevas, formando grupos nuevos y creando un nuevo estilo de vida, siempre a partir de una opción de vida en pobreza. Nunca lo hicieron los liderazgos establecidos, ni las estructuras instaladas. Éstas no consiguen salir de su papel tradicional. Es lo que hace pensar que el clero actual no está en condiciones de aplicar ese programa.

No hay que olvidar lo que sucedió en el cambio del siglo XII al siglo XIII. Hubo una avalancha de fenómenos religiosos, semejantes a la expansión pentecostal de hoy. Aparecieron nuevos animadores religiosos, que consiguieron atraer y convertir a multitudes de católicos. En muy poco tiempo, nació un mundo de comunidades. Recibieron nombres variados, siendo el más usado el de *albigenses*. Nadie conseguía frenar el movimiento. El papa Inocencio III pidió a la orden cisterciense, la más poderosa en aquella época, que asumiese la misión de convertir a los herejes o, por lo menos, de frenar el movimiento en expansión. Fue un fracaso total. Los cistercienses venían de monasterios muy ricos y no sabían hablar a los pobres. Eran misioneros ricos sin capacidad misionera.

Entonces aparecieron, casi simultáneamente, Francisco de Asís, en Italia, y Domingo de Guzmán, en España. Escogieron el camino de la pobreza, viviendo una vida realmente evangélica. Evangelizaron a las masas populares del mundo rural y de las ciudades. Y consiguieron lo que las órdenes poderosas no habían conseguido. De ellos nacieron, en pocos años, los llamados franciscanos (herma-

nos menores) y dominicos (hermanos predicadores), que llegaron a ser miles en poco tiempo. Se instalaron en medio del pueblo y fueron misioneros itinerantes, siempre a la búsqueda del pueblo de los pobres. Dieron a la Iglesia una fisonomía diferente. Expresaban una estructura diferente, en la que se reconoció el pueblo de los pobres, que no se reconocía en las órdenes monásticas. El clero parroquial recogía las conversiones que hacían los mendicantes, pero ellos no pudieron hacer el cambio necesario.

Hoy en día, ya hay en la Iglesia cristianos que conviven con el mundo de los pobres, pero son poco conocidos y poco valorados. Son tolerados más que apoyados, porque no se corresponden con el esquema oficial: no tienen un lugar en el derecho canónico. Generalmente, son laicos, aunque haya también obispos o presbíteros, que han pasado por una conversión, saliéndose de la estructura en que estaban metidos.

Creo que los futuros misioneros capaces de cambiar la fisonomía de la Iglesia serán laicos, misioneros laicos.

¿Cómo va a comenzar la aplicación del programa de Aparecida? No podrá hacerse de arriba para abajo. No se podrá comenzar con un plan teórico. Comenzará con personas voluntarias, dispuestas a entrar en una aventura, esta vez con el apoyo de la jerarquía. No se les dará ningún programa previo, porque el Espíritu les mostrará lo que pueden hacer. Si su actuar misionero no procede de ellos mismos, no tendrá ningún efecto, porque no será un testimonio humano vivo, el único que puede tocar el corazón de los oyentes.

Nada se adelanta con planificar. Nadie planificó el nacimiento o la vida de san Francisco. El apareció y el papa lo confirmó. En los últimos años, en muchos lugares, las diócesis realizaron años misioneros, misiones populares, sin ningún éxito. Todo quedó en el papel, porque en lugar de partir de las personas voluntarias que se sentían poco valoradas, y más toleradas que apoyadas en su vocación misionera, entregaron la misión a los agentes de pastoral de la estructura diocesana o parroquial. La misión no se puede concentrar en la Iglesia parroquial, porque los pobres no frecuentan esa Iglesia parroquial. Perciben pronto que la Iglesia parroquial no pertenece a su cultura.

No se adelanta mucho con dar cursos para enseñar una doctrina, porque el Espíritu es el que mostrará a los misioneros lo que deben hablar y hacer. Lo que se puede hacer es acompañar la espera de la voz del Espíritu. La jerarquía tiene un papel fundamental, que consiste en hacer el discernimiento del Espíritu, a partir de la tradición cristiana, y estimular una espiritualidad de espera y de fidelidad a lo que el Espíritu dice.

En América Latina, el apoyo de los obispos y de los padres es fundamental, pues, sobre todo en el mundo de los pobres, los católicos son tímidos, inseguros, no confían en sus propias cualidades. Es preciso apoyar, aceptar errores o frac-

sos temporales. No se puede acertar a la primera. La jerarquía tendrá que lograr la armonía entre todos los carismas.

¿Cómo será la formación? ¿Qué se entiende por formación de misioneros? La formación actual en los seminarios, o en las facultades de teología, es justamente lo contrario. El sistema actual da una formación académica o con pretensiones académicas. En Brasil, muchos dieron mucho valor al reconocimiento de los estudios del seminario por el ministerio de educación. Ahora bien, el ministerio de educación no tiene, ciertamente, proyectos misioneros.

Los certificados oficiales parecen ser una garantía para quienes no se sienten con una vocación misionera muy fuerte. No tengo nada en contra de esos certificados académicos, pero eso no tiene nada que ver con la misión. La formación académica hace que la predicación se torne vacía, sin contacto con el pueblo. Los sacerdotes han sido preparados para ser pequeños profesores de teología. Sólo esto explica ya muchas cosas, que tocan los problemas de la Iglesia y que fueron denunciados por el documento de Aparecida.

La formación misionera incluye, primero, una fuerte y radical espiritualidad centrada en la Biblia, en general, y sobre todo en los evangelios, es decir, en la vida terrestre de Jesús.

En segundo lugar, la formación consiste en multiplicar los encuentros con personas, familias, grupos. El misionero necesita aprender a estar presente en todos los lugares de la vida social, como señal de vida renovada, animada por la fe, la esperanza y la caridad. No se trata de aparecer en los eventos sociales, sino de conocer y descubrir a las personas que son sensibles a los llamados del Espíritu. Y se trata de saber decir las palabras que llegan a las personas.

La exposición de una doctrina jamás ha convertido a nadie. Jesús se manifestó en la vida de ciertas personas, no a través de la doctrina. No se forman misioneros con cursos, seminarios o discusiones abstractas. Es preciso aprender el lenguaje popular. Algunos sacerdotes u obispos hacen eso perfectamente. Son misioneros que han llegado a ser así por la gracia de Dios, superando los esquemas de formación académica que recibieron. Un ejemplo, fray Carlos Mesters.

La formación por la vía del adoctrinamiento vino después de la revolución francesa, para asegurar la fe de los sacerdotes que debían aprender a resistir las herejías de la época. La resistencia a las herejías ha dejado de ser una urgencia.

No puedo dejar de señalar un problema que no es específico de Aparecida, sino de toda la Iglesia occidental, de los concilios occidentales, de los documentos del magisterio, incluso del Vaticano II. La Iglesia occidental ignora al Espíritu Santo. Claro está que el Espíritu Santo es mencionado muchas veces, también en el documento de Aparecida, pero siempre para reforzar el planteamiento que ya ha sido hecho por la jerarquía o por el clero en general. La jerarquía define la

conducta de la Iglesia, y, después, pide al Espíritu Santo que confirme lo que ya ha sido decidido. O se supone que todo lo que procede de la jerarquía procede del Espíritu Santo, lo que es la misma cosa. No se adelanta mucho con rezar para que el Espíritu venga a iluminar mi mente, si Él ya está presente en el mundo y muestra con señales claras lo que quiere.

Los orientales son mucho más sensibles al Espíritu que la Iglesia de occidente. En América Latina, la Iglesia oriental tiene poca presencia y casi ninguna influencia. La Iglesia latinoamericana es hija de occidente de modo casi exclusivo.

La enseñanza del Nuevo Testamento es diferente, tanto en la teología de Pablo como en la teología de Juan. Para san Pablo, la Iglesia es dirigida por los dones del Espíritu Santo (1Cor 12, 4-11. 27-30). Ahora bien, el primer don es el don del "apostolado" (1Cor 12, 28). Cuando Pablo habla de los apóstoles, no se refiere a los Doce, sino a aquellos discípulos que, como él, se transformaron en misioneros, porque fueron enviados por el Espíritu Santo -el don de gobierno viene en séptimo lugar. En segundo lugar aparecen los profetas, que son mencionados con mucha insistencia (1Cor 14).

Esos dones están desparramados y aparecen de repente, de modo imprevisto. Nadie preparó, ni formó a Pablo como misionero. Él recibió un don del Espíritu Santo y mostró un camino verdadero y seguro para el pueblo de los discípulos que consiguió reunir.

El Espíritu Santo está presente en la Iglesia actual como siempre. Él muestra los caminos de seguimiento de Jesús. La teología de Juan afirma que el Espíritu enseñará el alcance de la vida de Jesús, en las circunstancias más diversas. Jesús no dejó ningún programa de apostolado, pero prometió que el Espíritu estaría presente, para mostrar de qué manera podemos actualizar la vida de Jesús, en las más diversas circunstancias de la historia. Jesús no quiso encerrar la historia en un cuadro estable, pero prometió que el Espíritu estaría presente para, en cada situación, enseñar el sentido de las obras y de las palabras que él realizó o pronunció en un contexto determinado y limitado en Galilea (Jn 14, 26; 16, 13-15).

No conviene, sin embargo, acusar a la Conferencia de Aparecida, pues toda la historia de la Iglesia de occidente ha sido así. Para volver a las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre el Espíritu, es necesaria una conversión todavía más radical.

3. Los problemas

La parte más débil del documento, a mi modo de ver, es la cristología. Era de esperar. No fue casual que la *Notificación* enviada a Jon Sobrino fuera publicada en la víspera de la Conferencia de Aparecida. Pues aquí estamos exactamente en el mayor problema teológico de la actualidad. La cuestión es: ¿qué significa la humanidad de Jesús? ¿Cuál es el significado de las palabras y de los hechos

de Jesús, tal como los relatan los evangelios? ¿En qué consiste la humanidad de Jesús? ¿Qué es ser hombre?

El texto recuerda muchas cosas bonitas sacadas de los evangelios, que lo muestran como un maestro de sabiduría y revelador de un modo de vida a ser imitado por los discípulos. Es una enumeración bella de hechos y palabras de la vida de Jesús. Falta la síntesis y lo que aglutina todos esos dichos y hechos, en una vida humana. (129-135).

Esta enumeración no dice el significado de la vida humana de Jesús, o sea, de su ministerio misionero. La vida de los seres humanos debe interpretarse a partir del contexto histórico en que se sitúa. Aquí no se habla del contexto histórico, como si Jesús estuviese fuera de la historia, como un maestro que vuela por encima de los siglos. Pero cada ser humano construye su vida a partir del contexto histórico que lo provoca y lo lleva a definir sus opciones por lo que toca a los fines y a los medios. Tiene un proyecto, atribuyendo a su vida una finalidad. Si Jesús fue hombre, Él debía ser así.

Comencemos por el anuncio de Jesús: el reino de Dios (101-128). ¿Qué fue lo que entendieron los campesinos de Galilea cuando Jesús les hablaba del reino de Dios? Ellos estaban sufriendo el yugo pesado del reino de Roma, del reino del emperador. De repente, Jesús viene a anunciar que ese reino va a caer. Era exactamente lo que todos esperaban, por lo menos los pobres oprimidos por el poder durísimo de los romanos. La mayoría pensaba que eso sucedería sólo en un mundo nuevo, después de este mundo, que quedaría destruido, según las predicciones apocalípticas. Jesús viene a anunciar que el reino acontecerá en este mundo. El reino de Satanás, encarnado en el poder romano, va a caer y vendrá otro reino... Jesús conocía bien lo que se hablaba en el pueblo, las quejas y las esperanzas de su pueblo. Y él hablaba para ellos. Se comprende que fuera acogido y aclamado con entusiasmo, por el pueblo sencillito de Galilea.

Después de ese anuncio, Jesús tuvo que explicar cómo sería el reino de Dios y la diferencia radical con el reino del César. Hasta los doce tuvieron grandes dificultades para aceptar las explicaciones de Jesús.

Lo que no aparece en el documento de Aparecida es que el evangelio de Jesús fue una Buena Nueva para algunos y una Mala Nueva para otros. Jesús no trató a todos de la misma manera. La Buena Nueva se dirige a los pobres y la Mala Nueva a los ricos (Lc 6, 20-26). El evangelio de María fue lo mismo: "Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes. Llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías" (Lc 1, 52-53).

En el fondo de la psicología de Jesús estaba la compasión por los oprimidos y la indignación contra los opresores. ¿Por qué no aparece eso en un documento que pretende renovar la opción por los pobres? Hay una contradicción entre la segunda y la tercera parte del documento.

En segundo lugar, no aparece el conflicto con los jefes de la nación, a los que Jesús denuncia como usurpadores y opresores. Lo que ocupa un lugar fundamental en los evangelios no aparece: el conflicto de Jesús con los sacerdotes, los doctores de la ley, los fariseos, los grandes de aquel tiempo (Mc 11-13; Mt 23; Lc 20; Jn 8). Ese conflicto es el hilo conductor de los evangelios. Todos presentan la misión de Jesús como camino hacia la muerte. Desde el principio, los jefes quieren matarlo. Jesús denuncia la dominación de los grandes aliados con los romanos y permanece fiel a esa misión de su vida, hasta que lo matan.

La muerte de Jesús fue consecuencia de su acción. Fue como la conclusión final de su ministerio. El documento dice que Jesús hizo el don de su vida (139). En la realidad, Jesús fue muerto porque se mantuvo fiel a su misión de denunciar la corrupción de los jefes de su pueblo, que imponían un yugo insoportable al pueblo sencillo. Jesús era judío, y como judío estaba escandalizado por el uso que los jefes hacían de la ley. Jesús quería liberar a su pueblo de la mentira y de la dominación de las élites. Con su interpretación de la ley, las elites oprimían al pueblo de los pobres.

Ese fue el proyecto de Jesús. Lo que Él ofrece a sus seguidores es repetir esta misma trayectoria, en todas las épocas de la historia. Ahora bien, en el centro de la misión está la persecución, la muerte, la muerte de cruz, una muerte infamante.

El Documento apenas hace unas alusiones, muy discretas, a la muerte de Jesús, sin decir por qué murió, ni cual fue el significado humano de esa muerte. El texto alude a los mártires de América Latina, pero sin explicar en qué consistía ese martirio (140), como si el martirio fuese un valor en sí, un ejemplo de vida heroica. No coloca a los mártires en su contexto histórico, y por eso, la muerte de Jesús tampoco aparece en su contexto histórico. Es como si Jesús fuese un ejemplo de virtud sin motivo, sin ligazón con su ministerio de profeta.

El Documento dice simplemente que Jesús ofreció su vida. Esto puede significar muchas cosas, pero no evoca el contexto histórico y el lugar de esa muerte, en la vida humana de Jesús.

En los evangelios, la cruz está en el centro de la cristología de la vida humana de Jesús. Pero no está en el centro de la cristología del Documento. Da la impresión de que el texto quiso evitar cualquier referencia al conflicto con los romanos y con las autoridades de Israel. Es un evangelio sin conflicto, de pura bondad. ¿Por qué un evangelio sin conflicto? Para no tener que reconocer el sentido del martirio de tantos latinoamericanos crucificados, en la segunda parte del siglo. Las elites quieren ocultar la responsabilidad histórica que tienen en esos martirios del siglo XX. El recuerdo de esos martirios ofende a las clases dirigentes de muchas naciones.

Por eso, las alusiones a los mártires son muy discretas. Los mártires son presentados como héroes, pero no se dice por qué murieron. Ahora bien, un evan-

gelio sin conflicto: ¿quién quiere eso? Es exactamente el evangelio que satsitace a la burguesía. Esa cristología es burguesa en su inspiración. No expresa lo que sienten los pobres y de qué manera ellos entienden la vida y la muerte de Jesús. Estamos en una situación de conflicto entre dos cristologías, una que es burguesa y otra que es la de los pobres. Este conflicto existe desde el inicio de la Iglesia.

La misma falta de historicidad se encuentra en la descripción de la realidad eclesial, en la primera parte. El texto hace una enumeración de los aspectos positivos y negativos de la Iglesia latinoamericana (98-100). Se colocan tanto los aspectos positivos como los negativos en el contexto histórico. Es como si todo tuviese igual significado.

No se hace ningún análisis de las estructuras. El texto atribuye la responsabilidad y la culpa a "algunos católicos que se apartaron del evangelio" (100h). Los aspectos negativos se deben a "deficiencias y ambigüedades" de algunos de los miembros (de la Iglesia). Si ese fuera el problema, no habría sido necesario reunir toda una Conferencia continental. Bastaría con enviar un buen confesor a esos pocos católicos.

De modo general, los documentos de la Iglesia no cuestionan las estructuras. Ahora bien, los miembros de la Iglesia, ciertamente, no son peores ahora de lo que eran antes. El problema no son las personas, sino las estructuras. Algo de eso aparece, de forma implícita, en la tercera parte, por ejemplo, cuando se habla de la parroquia. Pero un análisis más profundo sería muy útil. Algún día tendrá que hacerse.

Sorprendente es el silencio casi total sobre los movimientos pentecostales. Hay apenas algunas breves alusiones (100g). Un día Harvey Cox escribió que se trataba del fenómeno religioso más importante del siglo XX y casi tan importante como la reforma del siglo XVI. No se hace ningún análisis de esa realidad, como si fuese una cosa sin importancia, que no es problema. Sin embargo, el pentecostalismo está en plena expansión, en todos los continentes, y también en América Latina. Muchos católicos dejan la Iglesia para integrar una comunidad pentecostal. Los pastores son innumerables. En muchos lugares del mundo de los pobres, los pentecostales son ya más numerosos que los católicos.

Sería necesario analizar las razones de ese éxito. Sin duda, el pentecostalismo responde a las aspiraciones de una gran parte del mundo popular. Vale la pena estudiar el mensaje, la metodología, las formas de organización. Cerrar los ojos, como si el fenómeno no existiese, puede ser la política del avestruz.

Cuando se hace la descripción de la sociedad actual, principalmente de la cultura contemporánea, muchos se olvidan de que hay dos sociedades muy separadas y dos culturas bien diferentes. Hay la cultura examinada por los científicos y filósofos, la cultura de los que están incluidos en la nueva sociedad, y la cultura de los excluidos.

Con todo, la Conferencia de Aparecida constituye un acontecimiento imprevisto. Nace una nueva conciencia. Los obispos recogieron las aspiraciones de la minoría más sensible a los signos de los tiempos. El documento final constituye un motivo de renovada esperanza para los viejos y ofrece algunas orientaciones bien definidas a los jóvenes.

